

Positivo

Bruno Nassi Peric

Alberto Almansa estaba convencido erróneamente de que el culpable de su contagio era Rodrigo Deza, su alumno de cuarto año de escuela secundaria. Sabía que era más probable que el contagio hubiese ocurrido en alguno de los atestados autobuses que diariamente, durante media hora (más si había tráfico), debía tomar para llegar al colegio y luego regresar a su casa. Incluso pudo haberlo infectado alguno de sus colegas que, como tantos, habría pasado la enfermedad sin síntomas. Sin embargo, todas esas opciones no dibujaban claramente un culpable, lo que Almansa desesperadamente necesitaba, pues él era un hombre que creía firmemente en las respuestas concretas. Por eso, lo mejor era hacer responsable al bruto, díscolo, haragán y fanfarrón de Deza; ese infeliz al que obligaba a sentarse en primera fila para tenerlo más controlado y para que acaso la cercanía con la pizarra milagrosamente estimulara la sinapsis entre sus neuronas. Sí, había sido Deza, el pobre diablo al cual había descubierto una vez sacudiendo frenéticamente la mano por debajo del pantalón mientras él explicaba el producto de monomio por polinomio. Tan perturbado había dejado este episodio a Almansa que se lo comentó a Margarita Cerna, la psicóloga del colegio, quien lo atendía una vez por semana a cambio de un honorario modesto (solidaridad docente). Ella sugirió que quizás la turbación del profesor de treinta y siete años respondía al despertar de ciertas pulsiones que convendría indagar. Él se negó rotundamente.

Al igual que la gran mayoría de contagiados jóvenes, Almansa sufrió síntomas leves: una fiebre no muy alta, tos, dolor de garganta y muscular, congestión nasal y un ligero sabor metálico en la boca. En otro contexto, lo hubiera achacado a un resfrío común, hubiese tomado un par de antigripales e incluso habría ido al trabajo: una ausencia sin un detallado certificado médico suponía un descuento y el fastidio nada disimulado del coordinador, un tipo frustrado por no poderles hablar de las matemáticas esotéricas a los imberbes estudiantes. Esta vez, sin embargo, lo prudente era reportarse enfermo y quedarse en casa: se trataba de una enfermedad nueva, de comportamiento desconocido y por todos los medios se urgía a la población al autoaislamiento en caso de presentar síntomas. Eso sí: dijo que tenía una severa indigestión, pues sabía que a la directora del colegio no le temblaría la mano para echarlo y así evitar incesantes llamadas y correos electrónicos de consternados padres de familia que, iracundos, le exigirían la destitución del profesor infectado, un peligro inminente para su prole, e incluso amenazarían con demandas judiciales y, aún peor, comentarios negativos en las redes sociales si alguno de sus retoños con dudosos hábitos de higiene se contagiaba.

Como los síntomas empezaron un jueves por la tarde, Almansa pensó que por lo menos tenía dos días de recuperación que no mermarían su muy modesto salario. Tenía esperanzas de que se tratara tan solo de un resfrío, de que el sabor metálico en la boca y la tos seca fueran tan solo síntomas producto de su imaginación, traiciones de su mente por la paranoia alrededor de la nueva enfermedad. La única manera de salir de dudas era llamando al número que había dado el gobierno en caso de sospecha para que un especialista fuera a tomar una muestra de sus secreciones y así saber si era parte de la novísima estadística de la epidemia. Almansa pensó que si hubiese estado soltero probablemente no hubiera llamado: en unos pocos días se habría curado sin necesidad de pasar por el engorroso trámite de que una persona vestida con una indumentaria como las mostradas en los documentales de la NASA le introdujera un largo hisopo a la nariz o a la garganta (esperaba que fuera a la primera, pues era muy propenso a las náuseas). Pero en ese momento ya estaba casado y era padre de una niña de cuatro años, por lo que se sentía con el deber moral de llamar y declararse sospechoso.

A la mañana siguiente, tres representantes del Ministerio de Salud vestidos con unos trajes protectores que, en efecto, los podrían haber hecho pasar por astronautas se presentaron en la casa de Almansa. Uno de ellos, con suma delicadeza, extrajo de un maletín -Almansa estaba seguro de haber visto uno igual en una película de James Bond de los noventa- una pequeña caja transparente que contenía varios hisopos larguísimos. Tomó uno, lo inspeccionó cuidadosamente y sin pedirle permiso al profesor, se lo encajó de golpe en la fosa nasal derecha. Almansa sintió como si de pronto hubiera aspirado un clavo (“una violación nasal”, pensó el profesor de matemáticas y de inmediato se reprochó la vulgaridad del pensamiento, digno de alguien como Rodrigo Deza). El ¿enfermero? ¿médico? (no le dijeron ni Almansa se atrevió a preguntar) examinó el hisopo, el cual quedó con mucosidad e hilillos de sangre, y lo depositó en otro envase que su colega sostenía con las manos abiertas, como una ofrenda de misa. Le informaron a Almansa que lo llamarían al día siguiente para darle el resultado, pero le podían anticipar que sería positivo.

Eran los primeros días de la epidemia y aún el sistema no había colapsado como ocurriría unas pocas semanas después. Le indicaron que debía permanecer aislado en su dormitorio. Le dieron a él y a Carla, su esposa, unas mascarillas. Ella debía ponérsela cada vez que tuviera que acercarse al enfermo, lo cual, por cierto, no debía ser a menos de dos metros de distancia y por períodos brevísimos. Le aconsejaron que la comida se la dejara en la puerta y que luego los platos fueran desinfectados con lejía. Su hija, por supuesto, no podía acercársele bajo ninguna circunstancia. Les aconsejaron a Almansa y a Carla que le dijeran que papá había tenido que viajar por un par de semanas. “Pero, ¿qué le voy a decir cuando me vaya a dormir con ella o cuando escuche ruido en nuestro dormitorio?”, les preguntó Carla, al borde del llanto, a los enviados del ministerio. “Lamentablemente, señora, de momento para esta epidemia tenemos más preguntas que respuestas”, le respondió con solemnidad el que había tomado la muestra de la nariz del profesor. “Debe ser el líder”, pensó Almansa y sintió respeto.

En efecto, al día siguiente, el diagnóstico fue corroborado: positivo para el virus generador de la nueva epidemia. Almansa lo lamentó profundamente no porque tuviera el mal, que al fin y al cabo le estaba dando las mismas molestias que una gripe común y silvestre, sino porque tendría que comunicarle la situación al colegio: no había excusa

posible para una ausencia de dos semanas, el tiempo de aislamiento prescrito para su mal. Y aún si la hubiera, sería demasiado sospechoso y sin necesidad de ninguna prueba de laboratorio lo diagnosticarían como un contaminado. La preocupación y la tristeza de Almansa, sin embargo, no duraron mucho: esa misma tarde, el presidente de la república anunció un cese por dos semanas de todas las actividades que el Estado consideraba no esenciales, entre las cuales, por supuesto, estaba la educación. Las clases, en consecuencia, quedaban suspendidas en todo el país por catorce días. Una hora más tarde, recibió por correo electrónico un comunicado de la directora del colegio en el que les anunciaba a los docentes que, a pesar de parecerle una exageración la decisión presidencial, no le quedaba más remedio que acatarla. Con respecto a los salarios, les anunció que esperaría las indicaciones de los ministerios de Trabajo y de Educación para saber si debía o no pagarles por el tiempo no trabajado. “Ya me empezaron a llegar correos de los padres que me exigen una devolución de las pensiones por estos días que no habrá clases. ¿Qué se creen? Ni que fuéramos una empresa de teléfonos. Pero cuando se trata de las fiestas de promoción ahí sí gastan y gastan, todo por aparentar. ¡Qué tal cuajo!”, se quejaba la directora en su comunicado.

Las dos semanas de aislamiento no fueron tan malas como Almansa temió. Se armó una rutina: despertar a las seis, tomar las medicinas paliativas recetadas para su nuevo mal, hacer ejercicios de estiramiento; luego, recoger el desayuno de la puerta y tomarlo viendo las noticias. Todo esto podía extenderse máximo hasta las nueve. A esa hora, revisaba sus libros de curso y cronogramas de clase para preparar material. Se sentía feliz pensando que podría adelantar mucho trabajo y así, cuando volviera a dar clases en el colegio, gozaría de varias tardes sin tener que preparar lecciones, lo que le permitiría recuperar el tiempo perdido con su hija y con su esposa. Después del almuerzo, volvía a ver un rato las noticias y se permitía un lujo que no tenía desde que él mismo era un escolar: una siesta. Tras despertar de esta, leía. Comenzó con la novela *Ensayo sobre la ceguera*, de Saramago, siguió con *La peste*, de Camus, luego de la cual vino *La muerte en Venecia*, que lo perturbó al punto de que tuvo que dejar la lectura cuando se dio cuenta cuál era el padecimiento de su protagonista. Todos estos textos los descargó gratis en su *tablet* después de leer un artículo en el que un periodista, que tristemente había alcanzado notoriedad literaria, los consideraba “un *must*” de lecturas durante la cuarentena. Almansa era un tipo simple, parte de eso que los intelectuales y los artistas (y, sobre todo, los aspirantes a serlo) llaman con desprecio “el gran público”, esa gran masa que cree en la autoridad de las figuras mediáticas y que con sus impuestos sumados a la plusvalía del capitalismo costea ferias de libros y demás actividades culturales. Finalmente, el día para Almansa terminaba con más noticias, alguna vez alguna película de acción, la cena y 0.5 miligramos de Alprazolam, una benzodiazepina que, mezclada con dos gotitas de ron cubano, lo hacía sentir feliz a medida que sus pensamientos se disolvían en favor del sueño.

En los días que Almansa estuvo en cuarentena la epidemia se volvió pandemia. Desde su cama *queen*, recientemente terminada de pagar, veía todos los días cómo los casos de infecciones crecían exponencialmente -esa palabra le gustaba- en todo el mundo. Como consecuencia, el presidente decidió expandir la cuarentena por un mes. En su mensaje a la nación, dijo que con esas medidas esperaban bajar la curva contagios (¡Ah, la geometría!, pensaba Almansa mientras oía al mandatario); también explicó que la palabra

cuarentena viene de cuarenta, así que en medio de todo por lo menos ahora sí estarían siendo fieles al significado del vocablo; y eso, sin duda, era bueno, porque mientras más se acercara el lenguaje a la realidad, más esperanzas había. Unas horas después, el profesor de matemáticas volvió a recibir un correo electrónico de la directora del colegio: “Me han dicho del ministerio que le tengo que seguir pagando al personal y que tengo que devolverles parte de la pensión a los padres. Nos cagaron. A este ritmo tendremos que declarar el colegio en bancarrota. Puro zopenco hay en el ministerio. Y los padres, sarta de gaznápiros que no se dan cuenta de que sus hijitos son unos crápulas que los toman de pazguatos, no son ni una pizca de solidarios ante esta circunstancia infausta”. Almansa estaba acostumbrado a los raptos de ira de la directora, quien, como era profesora de lenguaje, aprovechaba los conflictos para expresarse con palabras rebuscadas que en otras circunstancias no podía usar.

En el grupo de WhatsApp que congregaba a los profesores del colegio donde trabajaba Almansa, rápidamente se empezaron a tejer teorías conspirativas con respecto a la pandemia que cada docente, según su especialidad, enfocaba de distinto modo. Así, el de ciencias naturales consideraba que el nuevo virus seguramente había sido creado en un laboratorio y por accidente se escapó sin que luego fuera posible detener su expansión. La profesora de ciencias sociales aceptaba la teoría del laboratorio, pero creía que el virus había sido esparcido intencionalmente para poner en jaque la economía mundial y, en consecuencia, crear un nuevo orden mundial: “Ya se venía venir algo así hace tiempo, los poderes cambian, pero nadie se imaginó que sería así. Es una jugada maestra”. El profesor de química, en cambio, creía que la pandemia era solo el inicio de un plan más grande: “Es apenas la prueba de un arma biológica, después vendrán más y peores. Y ahí sí habrá un nuevo orden mundial... si es que todavía hay mundo”. El profesor de literatura, el más joven del grupo, un muchacho enclenque de veintiocho años del cual los alumnos se burlaban cruelmente por tener en el rostro las secuelas de un severo acné adolescente, opinaba que todo lo que sus colegas decían eran novelerías y consideraba que la pandemia se había expandido tan atrozmente debido a la crisis de las humanidades, lo que había llevado a los pueblos a elegir líderes mediocres, populistas e ignorantes que no tenían la menor idea de cómo lidiar con el problema. En lo que sí coincidían todos era en un escenario pospandemia terrible en el que habría más pobreza y más miseria de todo tipo. Una profesora de historia trató de darle un cariz positivo al asunto: recordó que después de la gripe española de 1917–1918 vino el período conocido como “los felices años veinte” o “los locos años veinte”. A su mensaje le aparecieron rápidamente dos *checks* celestes, pero nadie lo comentó: el optimismo en ese contexto resultaba una falta de respeto.

Almansa limitaba su participación en el grupo a comentar las estadísticas que diariamente se difundían en los medios, a explicar qué era un crecimiento exponencial y por qué era tan peligroso. En realidad, no le interesaba mucho lo que sus colegas decían: él era un tipo pragmático, sin mucha imaginación ni paciencia para las conspiraciones. Por eso siempre le habían gustado las matemáticas: ellas no permitían la especulación, solo la certeza. Así debía ser la vida, pensaba el profesor, basada en certidumbres arraigadas en cálculos precisos, cuidadosamente diseñados o, en el peor de los casos, en probabilidades cuidadosamente estudiadas, libres de todo sesgo intelectual o, peor, sentimental. Por mucho que quería a Carla, Almansa, antes de pedirle matrimonio, calculó las probabilidades

de éxito que tendrían como pareja formal. Aunque el margen a favor de la unión fue ligeramente superior al opuesto, consideró que podía tomar ese riesgo “por amor”. Después de casi cuatro años de matrimonio, estaba seguro de que su modelo probabilístico había funcionado.

Un día antes de que se cumplieran las dos semanas de aislamiento, Almansa recibió una llamada del Ministerio de Salud en la que le anunciaban una nueva visita. Le harían nuevamente una prueba de descarte, que esta vez seguramente daría negativo. La ciencia, le dijeron, así lo determinaba. Al día siguiente, se presentó otra vez el mismo equipo y el procedimiento fue exactamente el mismo. El líder le dijo a Almansa que lo veía completamente recuperado y que la prueba era meramente protocolaria; se podía esperar un resultado negativo no solo porque la ciencia así lo pronosticaba, sino porque era evidente, al verlo, que era uno de los primeros recuperados de la ominosa pandemia. Almansa se sintió orgulloso, contuvo unas lágrimas. Pensó que, en unos años, cuando su hija fuera más grande, le contaría la historia una y otra vez, y también lo haría cuando ella invitara amigas a su casa e incluso a los futuros pretendientes les narraría esta etapa de su vida. Y así el relato de su supervivencia a la pandemia llegaría hasta los nietos (no a los bisnietos, porque las probabilidades de conocerlos eran demasiado bajas como para tomarlas en serio).

A la mañana siguiente, la narrativa que Almansa se había construido se rompió: una llamada del ministerio le anunciaba que había salido nuevamente positivo. No obstante, le pedían calma, pues quizás era un falso positivo (era algo poco usual, pero posible dentro de los márgenes científicos). Esa misma tarde regresó el equipo, pero esta vez le tomaron muestras de ambas fosas nasales y también de la garganta (Almansa no pudo evitar las arcadas, por lo que se sintió profundamente avergonzado). “No se preocupe -le dijo el líder-, la ciencia se equivoca una, pero no dos veces. Mañana será usted oficialmente un paciente recuperado”. Almansa volvió a sentirse contento y otra vez empezó a recrear las escenas en las que contaría su hazaña. Lo que le acababa de suceder, además, agregaba suspenso, lo cual fortalecía la calidad de su historia.

Un día después ya no hubo llamada sino visita. Un alto funcionario del ministerio se presentó en la casa de Almansa. No vestía un traje especial, pero sí una mascarilla y guantes quirúrgicos.

-Le tengo buenas y malas noticias, profesor -le dijo el funcionario y, sin darle a escoger cuál quería saber primero, prosiguió: - La buena es que desde hace unos días usted está físicamente recuperado del virus: no tiene fiebre, su semblante es el de un hombre completamente sano. La mala es que el virus sigue en su cuerpo haciendo de las suyas; al menos así lo dicen las pruebas. Su caso, profesor, desafía lo que hasta hoy la ciencia nos había dicho del virus. De cierto modo, usted sin querer nos está haciendo un favor al ponernos frente a un reto que nos obliga a investigar. Su caso ha sido llevado a un comité científico del más alto nivel y allí hemos determinado que lo conveniente es que se quede usted aislado una semana más. Pasado este tiempo, le volveremos a hacer las pruebas. Estamos convencidos de que entonces tendremos resultados favorables, es decir, negativos.

El favor involuntario del que habló el funcionario no le dio a Almansa ningún consuelo; todo lo contrario: sentía que le había fallado a la ciencia. Ella decía enfáticamente que después de catorce días no debía haber rastro detectable del virus en su cuerpo, pero él

la había contradicho. ¡Cómo se atrevía! El problema, estaba convencido, no era la ciencia, sino él: ella era exacta, precisa, sólida como las matemáticas; él, en cambio, era solo una miserable combinación aleatoria de moléculas, una materia inexacta, voluble, errada. Sin duda algo mucho peor que el virus debía esconderse en sus entrañas, algún veneno recorría su sangre y lo volvía indigno de la ciencia, lo echaba fuera de su círculo virtuoso. Él, un matemático, ¡cómo podría sobrevivir fuera de los límites de la ciencia! La vida perdía todo sentido lógico y se transformaba en una ecuación mal planteada.

Almansa siempre desconfió de la gente con depresión. Cuando recién comenzó a trabajar en el colegio, una profesora de educación cívica estuvo poco más de dos meses con licencia médica por un cuadro de depresión severa. A Almansa eso le pareció absurdo: él también había estado muy triste muchas veces en su vida, pero no por eso había dejado de estudiar o trabajar. Le parecía que la depresión era un invento de los médicos y, sobre todo, de psicólogos no científicos que buscaban ganar dinero con la natural tristeza de la gente. Ahora, sin embargo, él estaba genuinamente deprimido: apenas se levantaba de la cama, no comía ni la mitad de lo que Carla le servía. Pasaba el día entero mirando las noticias en la televisión: cientos de miles de contagiados y de muertos, confinamiento en las principales ciudades del mundo, desempleo que aumentaba a pasos agigantados, una economía mundial en recesión severa, paranoia colectiva (además de las compras compulsivas en supermercados, se habían reportado varios casos de personas que llamaban a la policía porque algún vecino tosía o estornudaba) y una posible cura para la pandemia todavía muy lejana. Todo esto, sin embargo, a Almansa no lo inmutaba: nada era peor que haberle fallado a la ciencia. Carla pensaba que la súbita depresión de su esposo era otro síntoma del virus aún no estudiado por los médicos. Llamó insistentemente al Ministerio de Salud para reportarlo, pero la línea siempre estaba ocupada.

El día veintiuno de confinamiento no solo llegó a la casa de Almansa el equipo de las primeras veces, sino también el viceministro de Salud. Él no estaba vestido como los otros, pero sí llevaba una mascarilla, unas gafas protectoras como las que usan los cirujanos y guantes también propios de una sala de operaciones. Apenas vio a Almansa, tuvo el palpito de que el resultado de la prueba nuevamente sería positivo: se encontró con un hombre demacrado, pálido, ojeroso, con la mirada perdida. Esta vez, nadie le dirigió la palabra a Almansa, se limitaron a tomarle muestras nuevamente de sus fosas nasales y de su garganta. Carla aprovechó para comentarles su sospecha de que la súbita depresión de su esposo era realmente un síntoma del virus. “Dios quiera que solo sea eso, señora”, le respondió el viceministro. Antes de salir de la casa, se persignó ante un cuadro de Cristo y le hizo una reverencia a Carla.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó la misma comitiva en la casa de Almansa, pero esta vez también los acompañaban dos grupos de enfermeros. Uno cargaba una camilla y otro una especie de carpa de plástico con sus mismas dimensiones. No le pidieron a Carla permiso para entrar, lo hicieron como si estuvieran realizando una operación policial. Una vez en el cuarto de Almansa, el viceministro le anunció que por disposición del ministro de salud y del mismísimo presidente de la república, sería llevado a un hospital para realizarle estudios médicos más exhaustivos. “Usted ya no tiene los síntomas de la enfermedad -le dijo el funcionario-, se podría decir que ya está sano. Pero la realidad es que oficialmente no lo está: los test así lo dicen. Lo llevamos por su bien,

para hacerle todas las pruebas necesarias que nos permitan determinar qué falla en usted, corregirlo y finalmente, para tranquilidad de todos, obtener una prueba negativa que lo devuelva a su vida habitual”. Almansa despertó del marasmo en que había caído en los últimos días, protestó por la medida, arguyó que era un atropello contra su libertad. “Estamos en estado de emergencia, profesor -le respondió el viceministro-. El combate de la pandemia y las libertades usuales no son compatibles, usted lo sabe muy bien. Además, es por su bien: ¿acaso no quiere usted ser declarado oficialmente sano?” Almansa volvió a protestar, pero esta vez el viceministro no le contestó; se limitó a hacerles un gesto a los enfermeros. Dos de ellos sujetaron las piernas del profesor, otros dos se fueron a sostener un brazo cada uno. Mientras tanto, el mismo encargado de tomarle las muestras los días anteriores sacó de un estuche una jeringa y una ampolla; succionó con la primera el líquido de la segunda y sin que el profesor pudiera resistirse, se la inyectó en el antebrazo superior derecho. No hubo comprobación de que la jeringa no tuviera aire ni tiempo para que el enfermero remangara la camisa de dormir de Almansa; la aguja atravesó fieramente la delgada tela, desgarró la piel, llegó a la capa muscular y de allí su contenido se esparció por el cuerpo del profesor de matemáticas, quien inmediatamente quedó inconsciente. “Es mejor que esté sedado -dijo el viceministro en voz alta, justificándose a sí mismo-. Estaba hiperventilando y eso es muy peligroso en un caso así”.

Desde la puerta de la habitación, impedidas de entrar, Carla y su hija veían cómo el cuerpo inerte de Almansa era depositado en la camilla y luego cubierto por la carpa transparente. Las hicieron a un lado para sacarlo y evitaron que siquiera tocaran el plástico protector. El último en salir fue el viceministro. Nuevamente, se persignó ante el cuadro de Cristo y trató de consolar a Carla, quien se esforzaba por contener el llanto: “Desde arriba, Él nos ayuda. Acuérdense que sus designios son incomprensibles para nosotros los mortales y que escribe derecho en líneas torcidas”. Desde la puerta de su casa, Carla vio cómo era subido Almansa con dificultad a una ambulancia. Recién al tercer intento pudieron hacerlo entrar con todo el armatoste que lo aislaba completamente de los seres humanos, preocupados ya no por la calidad del aire que respiraban, sino por la que exhalaban, pues allí, invisible, pero en grandes batallones, salía el virus a conquistar nuevas víctimas.

En el hospital al cual fue llevado Almansa destinaron una habitación aislada para él. Solo algunos médicos y personal de enfermería estaban autorizados a entrar. Rápidamente se dieron cuenta de que Almansa era el candidato ideal para probar todos los tratamientos que se estaban estudiando contra el virus; eran quince en total y, como el tiempo apremiaba, muchas veces superponían unos con otros (ya después habría tiempo para saber cuál concretamente fue el que funcionó). Por supuesto, esto supuso para el profesor de matemáticas padecer una serie de efectos secundarios: sudoración excesiva, atrofia muscular, temblor esencial, eczema en todo el cuerpo, disnea, arritmia, insuficiencia renal aguda, insuficiencia cardíaca, toxicidad hepática, pancreatitis moderada, diarrea sanguinolenta, úlcera duodenal y péptica, vómitos de bilis, esofagitis, pre infarto, pérdida parcial de la vista, delirio, alucinaciones... Los médicos no atendían de inmediato estas reacciones, pues querían saber qué tan graves podían llegar a ser. “Me han informado que el paciente experimentador está estable y que es un hombre fuerte física y mentalmente, señor presidente”, le reportó el ministro de Salud al presidente de la república. “Fíjese que

al inicio tuvieron que sedarlo por unos días por un cuadro de ansiedad, pero después que empezó a recibir los tratamientos ya no ha sido necesario, los sobrelleva estoicamente”.

El ministro omitió comentarle al presidente que las pruebas de Almansa seguían arrojando obstinadamente resultados positivos. Cuando después de casi dos meses se quedaron sin tratamientos posibles, ya no sabían qué hacer con él. En el país y en el mundo los contagios habían empezado a disminuir, los hospitales cada día recibían menos enfermos y las medidas de confinamiento social se iban relajando poco a poco. Desde la habitación de Almansa ya se podía escuchar a lo lejos el ruido de los automóviles, que cada día se intensificaba. Con el paso de las semanas, el presidente de la república veía cada vez con más desesperación cómo los países vecinos declaraban días sin ninguna muerte por el virus, luego días de cero contagios nuevos y, finalmente, tasas de recuperación de los infectados remanentes del cien por ciento. Los científicos explicaban en los medios que esta recuperación ocurría porque el virus se había ido debilitando producto de sus propias mutaciones y que gran parte de la población (más de la que se creía) había adquirido inmunidad.

No pasó mucho tiempo para que el país de Almansa fuera el único al que la Organización Mundial de la Salud no había declarado “en alta”: si bien ya no había muertos ni nuevos contagios, todavía el número de recuperados no era del cien por ciento. Esto resultaba sumamente vergonzoso para las autoridades e inconveniente en términos políticos, pues muy pronto habría elecciones y el eslogan que pensaban usar era “si vencimos a la pandemia, podemos vencer la pobreza y la corrupción”. Se deslizó la idea de falsificar una prueba de Almansa y declararlo curado, pero el ministro de salud advirtió que los políticos de la oposición pedirían pruebas de laboratorios privados y si se enteraban de la verdad, todo su futuro político estaba perdido sin contar las consecuencias legales.

La prensa se enteró de quién era el paciente no dado de alta que no le permitía al país declararse curado en su conjunto. Se hicieron muchos reportajes escritos y televisivos, fueron al colegio donde había trabajado Almansa y entrevistaron a la hora de la salida a varios estudiantes. Les preguntaron si el profesor era un hombre con alguna falla física en particular, si era una de esas personas a las que se les veía crónicamente debilitadas. Uno de los entrevistados fue Deza: “Sí, o sea, mira, no sé, sí, débil sí, pero a veces me gritaba, ah, así que no sé, pero raro sí era, sí, sí”. A Carla empezaron a acosarla por redes sociales, le decían que por culpa del irresponsable de su marido el país no podía ser oficialmente curado; le deseaban la muerte al profesor y aseguraban que su cuerpo no era capaz de vencer al virus porque era un tipo que había llevado una vida sórdida, retorcida (un individuo llegó a afirmar que Almansa era un asiduo asistente de los prostíbulos cercanos al puerto; otro dijo que era un visitante recurrente de los fumaderos de opio que todavía quedaban en la ciudad). A su hija la echaron de su escuela con la excusa de que quizás llevaba en la sangre el mismo defecto que el padre, es decir, sería probablemente una portadora crónica que no querían tener cerca. Carla no tuvo más alternativa que mudarse con una tía que vivía en una provincia remota. Pero incluso allí apenas salía a la calle, pues Almansa era tristemente célebre en todo el país; se referían a él como “El Positivo”.

El presidente y los ministros juraron que nunca revelarían cuál de ellos sugirió, en sesión extraordinaria, la idea que solucionaría por fin el problema. “A veces, para acabar con la rabia, hay que matar al perro”, comentó alguien. “No es lo ideal, pero es lo que hay

que hacer”. Hubo un par de minutos de silencio tras los cuales el presidente dijo: “Que sea de la manera más humana posible, ya saben que en este gobierno hemos puesto siempre la calidad de vida por delante y esta no puede ser la excepción”. Como la cremación era el protocolo que debía seguirse con los cadáveres de los infectados, no corrían el riesgo de que la oposición o la familia del profesor exigieran una autopsia.

A la mañana siguiente, todos los diarios, impresos y virtuales, así como los noticieros y las redes sociales reprodujeron con grandes titulares la muerte de “El Positivo” a causa del virus. En Twitter #elpositivoesnegativo se volvió tendencia de inmediato. Al otro día esos mismos medios reportaban todas las celebraciones que se hacían alrededor del país tras haber sido declarado oficialmente curado. La foto que más circuló fue una del presidente con un diploma otorgado por la Organización Mundial de la Salud en el que se certificaba que la nación gozaba de una salud envidiable. La tuberculosis, el cólera, el zika, la fiebre amarilla, la cisticercosis, el dengue, el sida eran apenas malestares leves comparados con la pandemia que solo un país con un sistema inmunitario robusto era capaz de vencer.

Meses después, una tarde en la que no tenía mucho que hacer (la nación se mantenía sanísima), el ministro de Salud encontró en Internet un artículo científico que llamó su atención: se trataba de un estudio sobre un grupo muy reducido de pacientes víctimas del virus de la pandemia que, pese a ya no presentar síntomas, seguían dando positivo en las pruebas luego de varias semanas e incluso meses. La investigación recogía casos de enfermos alrededor del mundo y concluía que estos tenían una rara condición genética que los hacía producir una cantidad ligeramente elevada de una proteína que generaba falsos positivos en las pruebas. Tras el descubrimiento, estos pacientes fueron rápidamente dados de alta, se les entregó un certificado de inmunidad y otro de no ser agentes infecciosos, y prosiguieron con su vida normal.